

PEARL S. BUCK

El dragón mágico



Pearl S. Buck escribió algunos cuentos para niños, todos ellos tienen en común el deseo de explicar a la gente de América y Europa la naturaleza y el modo de ser de China según palabras de la propia autora.

En *El dragón mágico* una niña china encuentra un dragoncillo de jade y, casi simultáneamente, a una niña blanca, cuya presencia atribuye al poder mágico del dragón. Juntas huyen de sus casas, pues ambas sufren en solitario la tiranía de los hermanos.

El dragón mágico

Había una vez una niña llamada Lan-may que vivía en China. Era la única niña de aquella familia china y tenía tres hermanos. Acababa de cumplir ocho años y era la más pequeña. Sus hermanos se llamaban Sheng, Tsan y Yung, Yung tenía nueve años, Tsan diez y Sheng trece.

Vivían todos juntos en una casa de ladrillo con el techo de tejas, y la casa estaba en un valle verde muy hermoso, cerca del gran río Yangtsé. El padre era granjero y sus campos descendían hasta la orilla del río, de modo que era también pescador. Se llamaba señor Wu. Como no le quedaba tiempo para pescar, porque tenía que ocuparse de la granja, había tendido una gran red de cuatro puntas y la había colgado de una larga vara de bambú. El que tenía un momento libre corría al borde del agua y tiraba de una cuerda, que hacía subir la red. Si había peces, bullían en el fondo de la red. Entonces los cogían con una red pequeña de mango largo. Si no había peces, el que había tirado de la cuerda la soltaba, y la red se sumergía de nuevo en las aguas amarillas del río.

Desde luego estaba también la señora Wu. Pero era una mujer silenciosa que sólo hablaba cuando le dirigían la palabra y tenía mucho trabajo con tantos muchachos y con el señor Wu. Tenía que alimentarlos, remendar sus vestidos y ocuparse de ellos sin cesar. Tenía tantísimo trabajo que le quedaba muy poco tiempo para hablar con Lan-may. Sheng, Tsan y Yung hablaban mucho con su padre cuando volvían de la escuela y cuando, los días de vacaciones, trabajaban en el campo. Pero nadie hablaba mucho con

Lan-may. Algunas veces, el señor Wu parecía darse cuenta de su presencia y le decía:

—Ah, ¿eres tú, Lan-may? Ve a buscar mi pipa.

O Sheng decía:

—Lan-may, tú que no tienes nada que hacer, tráeme una taza de té.

O Tsan decía:

—Ya que no tienes trabajo, Lan-may, podrías dar de comer al cerdo.

O Yung decía:

—Lan-may, sólo eres una niña, tienes que barrer la casa.

Lan-may hacía todas estas cosas y esperaba que alguien le hablara, pero nadie hablaba nunca con ella. Tenía un gatito negro y blanco al que quería mucho y con el que hablaba a menudo, pero el gato sólo podía ronronear y esto llegaba a resultar monótono.

—Me gustaría no ser la única niña —le dijo un día Lan-may a su madre, que, como de costumbre, guardaba silencio—. Si hubiera otra niña, tendría alguien con quien hablar y no tendría que estar siempre callada.

—Está muy bien que las niñas estén calladas.

La señora Wu estaba desgranando unas habas y habló sin levantar los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Lan-may.

—Para que sean mujeres calladas —dijo la señora Wu.

—¿Y por qué tienen que ser mujeres calladas?

—Para no aburrir a los hombres —dijo la señora Wu, apretando tan fuerte los labios que, Lan-may lo sabía bien, no habría modo de sacarle una palabra más,

—¿No podríamos tener otra niña? —preguntó Lan-may a su padre, cuando él volvió de los campos al anochecer.

—¿Una niña? —preguntó el señor Wu muy sorprendido—. ¿Qué íbamos a hacer con ella?

—Yo podría jugar —respondió Lan-may.

—Ya tienes edad de aprender a trabajar —dijo el señor Wu—, y por lo tanto no vale la pena tener otra niña.

Empezó a lavarse las manos y la cara en la jofaina de hierro blanco que estaba sobre una mesita, en la cocina, y Lan-may se dio cuenta de que no iba a decir nada más.

—¡Ah, por qué no serás una niña! —le dijo a Yung.

Yung era un chico muy travieso y acababa de tirar tan fuerte de la trenza de su hermana, que a Lan-may se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Yo, una niña? —aulló, y estuvo riendo sin parar hasta que a Lan-may se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Sí, sí, sí! ¡A mí me gustaría! ¡Estoy cansada de chicos!

En aquel momento, Sheng entró en la casa. Llevaba su traje más elegante, porque iba a la ciudad a vender huevos.

—Lan-may —dijo, apresuradamente—, he olvidado mirar si había peces en la red. ¡Corre al río en mi lugar!

Y Lan-may se puso en camino. Tenía que obedecer a Sheng, porque era su hermano mayor.

—Si tuviera una hermana —pensaba con gesto enfurruñado mientras andaba—, podríamos ir juntas al río, y hablar, y tirar guijarros, y volver a hablar, y yo no estaría nunca sola.

Para colmo, encontró a Tsan mientras bajaba al río. Volvía de los campos y llevaba la azada al hombro.

—Lan-may —le gritó— ¡vuelve a casa para ayudarme a hacer una lanza!

—No tengo ganas de hacer una lanza. ¡Estoy harta de lanzas y de juguetes de chico!

Y se alejó sola apresurando el paso.

«¡Qué agradable sería —pensaba— tener una niña con la que jugar a las muñecas y a papas y mamas!».

En su casa tenía que jugar sola o jugar a batallas y a ladrones con sus hermanos, y, muy a menudo, estaba harta, sobre todo porque ninguno de los chicos quería ser el enemigo y tenía que serlo ella y porque todos querían ser los ladrones y ella tenía que dejarse robar; y cuando jugaban al escondite, tenía siempre que buscarlos.

Había llegado al borde del río. La gran red estaba profundamente sumergida en el agua huidiza y amarilla del Yangtsé. No tenía ninguna prisa y no la subió en seguida. Se sentó sobre la hierba de un verde muy vivo, espesa y suave, que crecía a lo largo de la orilla. Miró a su alrededor.

Todo era exactamente igual que siempre. En aquel lugar, el río era muy ancho y distinguía con trabajo la línea verde que formaba la tierra del otro lado del río. Se preguntó si el lado de allá se parecería al de aquí y si las gentes serían las mismas. Había oído decir que los que vivían más allá de las grandes extensiones de agua eran diferentes; los llamaban extranjeros. Nunca había visto ninguno, pero había oído hablar a personas que los habían visto, y era como escuchar cuentos de hadas. Los extranjeros del otro lado del agua, se decía, tenían la piel rosa y no morena, los ojos azules o verdes o grises y no negros, y sus cabellos, en lugar de ser negros, eran rojos, o amarillentos como la melena de un león, o castaños como el pelo de un perro. Cuando hablaban, había oído decir, su lenguaje era tan extraño que nadie podía entenderlo. Estaba lleno de «k-k-k» y de «f-f-f» y de «ss-ss-ss». Eso era al menos lo que había dicho el viejo buhonero, que había viajado una vez en barco hasta Shanghai para comprar telas extranjeras.

El cielo estaba muy azul sobre el agua amarilla y ella se preguntó cómo podría ser el cielo extranjero. ¿Sería también azul? ¿O sería, quizá, verde, o púrpura, o de cualquier otro color?

«No hay realmente nadie que pueda explicarme las cosas —pensó con tristeza—. Mi madre es una mujer callada, mi padre es un hombre ocupado y mis hermanos son todos chicos».

Al pensar en su padre, se acordó de que la había mandado al río para tirar de la red. Se levantó con esfuerzo, agarró la cuerda áspera y empezó a tirar de ella. ¿Y si hubiera un pez grande, o dos, o tres? ¿Intentaría alcanzarlos

ella misma? ¿O correría a casa para avisar a su padre? ¡Pero los peces podían saltar fuera de la red durante su ausencia!

A medida que Lan-may tiraba, la red se hacía cada vez más pesada, y estuvo completamente segura de que contenía algo desacostumbrado. Salió despacio del agua. Aparecieron primero los cuatro ángulos atados a las varas de bambú, después los lados. Sólo el centro de la red, pesado, como un saco, estaba todavía sumergido.

—¡Debe ser un pez enorme! —gritó en voz alta.

Y tiró con todas sus fuerzas. Por fin, la red estuvo casi fuera del agua, después salió enteramente y ella pudo mirar el fondo.

No había rastro de peces grandes. En el fondo de la gran red cuadrada, yacía un pececillo, tan inmóvil como si estuviera muerto. Incluso su color no tenía nada de extraordinario. Era pardo y sin brillo.

«¿Cómo puede ser que este pez pese tanto?», pensó.

Naturalmente estaba tan decepcionada que estuvo a punto de dejar caer la red en el río, como hacía su padre cuando la red no contenía más que un pececillo.

«Tengo que ver por qué pesa tanto», decidió.

Ató, pues, fuertemente la cuerda alrededor de una estaca inclinada que su padre había hundido profundamente en el suelo con este fin, cogió la pequeña red de largo mango de bambú y, sosteniendo uno de los ángulos de la red grande, se inclinó, deslizó la red pequeña debajo del pez e intentó levantarlo.

Era tan pesado que lo logró con mucha dificultad. Ahora el pez estaba dentro de la red pequeña y el mango de bambú, largo y delgado, se doblaba cada vez que ella intentaba levantarla.

Se sentó en la orilla y se preguntó lo que tenía que hacer. Si iba a buscar a su padre, podía llegar alguien mientras y llevarse el pez. Su padre creería entonces que aquello no era más que un sueño absurdo. Se inclinó sobre la pequeña red tanto como pudo y observó fijamente el pez. Ya-

cía inmóvil, como muerto. ¿Estaría muerto de verdad? Quizá debiera dejar caer la red en el río para ver lo que pasaba.

Pero ahora se dio cuenta de que no tenía necesidad de levantar el pez, bastaba que dejara flotar la pequeña red de madera sobre el agua, mientras hacía descender la red grande, después sólo tendría que atraerlo hasta ella. Lo hizo con mucho cuidado: soltó la cuerda hasta que la red estuvo de nuevo en el agua, pero a poca profundidad, y, cuando la red pequeña flotó, tiró de ella y arrastró así el pez hasta la orilla.

El pez yacía al fondo de la redecilla, inmóvil y tranquilo.

Ahora que lo tenía cerca, se dio cuenta de que no era un pez como los otros. Tenía la forma de un dragón chiquitín. Tenía, en lugar de aletas, cuatro pequeñas garras al extremo de unas patas muy cortas, y su cola era larga y retorcida.

—Es un pez-dragón —pensó, y estaba muy emocionada.

Había oído hablar de esa clase de peces, pero nunca había visto ninguno. Se decía que traían suerte. ¿Pero, dónde estaba la suerte? Levantó los ojos al cielo, estaba tan tranquilo y tan azul como siempre. Miró el río; las aguas amarillas corrían veloces, como de costumbre. Miró la hierba, que se erguía, inmóvil y cálida, hacia el sol. Pero ahora distinguió unas flores azules que no había descubierto antes. Y cuando miró de nuevo el río, vio que unos patos salvajes descendían sobre el agua y se ponían a nadar. Y al mirar de nuevo el cielo, vio que un gran pájaro blanco, parecido a una garza, cruzaba por él lentamente, y la garza es otro signo de buena suerte.

Ahora estaba completamente segura de que iba a pasar algo. Se puso a mirar a su alrededor. Inmediatamente, vio a una niñita que bordeaba la orilla del río y venía hacia ella. Quedó petrificada de asombro, porque aquella niña no era

una niña como las demás. Lan-may se fijó primero en su ropa. Lan-may llevaba un pantalón y una chaqueta corta de flores rosas; llevaba en los pies unos zapatos de satén negro que le hizo su madre. Los cabellos de Lan-may iban anudados en una trenza apretada y le caían en flequillo sobre la frente. Pero aquella niña llevaba un vestido con falda, arrugado por delante, con unas manguitas cortas, hecho de tela azul. Llevaba las piernas desnudas, excepto unos calcetines blancos muy cortos y unos zapatos de cuero negro. Sus cabellos flotaban en torno a su cara, pero ¡qué raro!, los cabellos eran rubios.



Lan-may estaba segura de que era un hada salida de las aguas y tuvo mucho miedo. Quiso correr, pero sus pies parecían clavados en el suelo. No podía moverse. Abrió la boca para respirar más aprisa, porque el corazón le latía enloquecido. La niña se acercaba y Lan-may vio que sus ojos eran tan azules como su vestido y que su piel no era morena, sino rosa.

—Yo no he cogido tu dragón —balbuceó Lan-may—. Estaba dentro de la red. No he hecho más que sacarlo de allí.

—¿Qué dragón? —preguntó la niña.

Ahora estaba muy cerca y Lan-may estaba aterrada. Nunca había visto una niña con los ojos azules, con el pelo rubio, con la piel rosa. Señaló con el dedo el pececillo extraño y pesado.

—Aquí está —dijo—, puedes volver a cogerlo.

La niña se inclinó para examinar el pez.

—Este dragón no es mío —dijo—. No lo había visto nunca.

—Entonces, ¿de quién es? —preguntó Lan-may—. Tampoco yo lo había visto nunca. Y, mira, no se mueve... está completamente quieto.

El dragón no hacía el menor movimiento.

—Cógelo —dijo la niña de cabellos rubios.

—No puedo. ¡Es tan pesado!

—Pues lo cogeré yo.

Y abriendo sus manos rosas las deslizó debajo del pez.

—Es pesado —dijo—, ¡y qué frío está!

Ahora que la niña había cogido el pez, Lan-may ya no tenía ningún miedo de ella,

—Dámelo —dijo.

Pero la niña de cabellos rubios no parecía muy dispuesta a darlo.

—Es posible que este dragón sea mío —declaró—. Lo has dicho tú misma.

—¡Tú has dicho que no era tuyo! —gritó Lan-may—. ¡Y, además, estaba dentro de la red de mi padre!

Y he aquí que las dos estaban a punto de pelearse, aunque no se habían visto nunca. Se echaron a reír.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña de cabellos rubios.

—Lan-may —respondió Lan-may.

—Yo me llamo Alicia.

—Alicia...

Lan-may no sabía pronunciar un nombre tan extraño.

—A-li-cia —rectificó la niña.

—A-li-cia —repitió Lan-may—. ¿Por qué te llamas Alicia?

—Porque mi papá y mi mamá me han querido poner este nombre. Mis dos hermanos se llaman Tom y Jack.

—Yo tengo tres hermanos —dijo Lan-may—, Sheng, Tsan y Yung, y estoy muy cansada de ellos.

—¿De verdad? —gritó Alicia—. ¡Yo estoy cansadísima de Tom y de Jack! Y me gustaría tener una hermana.

—¿De verdad? —exclamó Lan-may—. También a mí me gustaría tener una hermana. Pero mi mamá dice que tiene demasiado trabajo para tener más hijas.

—¿De verdad? Es lo mismo que dice mi mamá.



Las dos niñas se miraron mutuamente. El mismo pensamiento cruzó por sus cabezas y las dos gritaron a un tiempo:

—¡Seamos hermanas! ¡Sí, sí, seamos hermanas!

Después, rieron juntas.

—Te dejaré llevar el pez —dijo Alicia—, porque eres mi hermana,

Lan-may tendió las manos abiertas y Alicia dejó en ellas el pez.

—Pesa mucho —dijo Lan-may—, y está frío.

—Me parece que no está vivo.

—Es liso como un pez de verdad, pero pesa mucho. Sí, debe estar muerto.

—Arañémoslo un poquito —propuso Alicia.

Cogió una piedra aguda y frotó un poco el pez. Bajo el limo oscuro con el que el río lo había recubierto, brilló un color verde.

—Es un pez muy bonito —dijo Alicia—. Tenemos que limpiarlo del todo.

Las dos se pusieron a arañar y a frotar el dragón con arena y unos minutos después estaba verde y reluciente. Realmente, no estaba ni un poco vivo. Ahora lo podían ver con toda claridad. Estaba hecho de una brillante materia verde tan dura como la piedra. Alguien lo había labrado y, Dios sabía por qué, lo había tirado al río, y la poderosa corriente lo había arrastrado hasta la red.

En este preciso instante, dos voces flotaron en el aire. Una de ellas venía de la parte alta del río y llamaba aguda y clara:

—¡Alicia! ¡Alicia!

—Es mi madre —dijo vivamente Alicia—. Tengo que marcharme.

La segunda voz venía de la parte baja del río y llamaba grave y clara:

—¡Lan-may! ¡Lan-may!

—Es mi padre —dijo vivamente Lan-may—, también yo tengo que marcharme.

—¿Qué hacemos con el dragón? —preguntó Alicia.

—¿Qué podemos hacer con él? —dijo Lan-may como un eco.

—Que sea nuestro secreto.

—Que todo esto sea nuestro secreto —dijo Lan-may con fervor—. No digamos nada a nadie, y sobre todo ni una palabra a nuestros hermanos.

—¡Oh, qué divertido será! —gritó Alicia.

—Vamos a enterrar el dragón muy cerca de estas flores azules. Y nos acordaremos del sitio. Cuando volvamos, lo desenterraremos y jugaremos con él, sólo tú y yo.

—¡Sí, sí!

Enterraron el dragón cerca de las flores azules, excavando la tierra arenosa con los dedos; después se los lavaron en el agua amarilla del río. Se levantaron y se miraron.



—Adiós, hermana —le dijo Alicia a Lan-may.

—Adiós, hermana —le dijo Lan-may a Alicia.

Se tendieron los brazos y se estrecharon con fuerza.

—Vuelve después de comer —dijo Lan-may.

—De acuerdo, y si me retraso, me esperas.

—De acuerdo, y si me retraso yo, me esperas tú.

—De acuerdo —prometió Alicia.

Se dijeron adiós con la mano, corrieron un poco, se dijeron adiós otra vez, y volvieron corriendo a sus casas. Y durante todo el camino Lan-may pensaba, agitada y feliz:

«Tengo una hermana, una hermana de verdad. Si tiene los cabellos rubios, los ojos azules y la piel rosa, esto no es culpa suya, y de todos modos es una niña».